

Lecturas de la Liturgia Pascual: Memorial de nuestra historia a la luz de la Resurrección de Jesús

Francisco Quijano OP

La Liturgia Pascual –Vigilia y Misa del Día– es una invitación a recordar la tradición de fe judeo-cristiana trayendo su significación hasta nuestros días. Es la experiencia de repasar hechos de nuestra historia cuyo significado puede perderse en lo intrascendente o quedar encerrado en un horizonte estrecho, a fin de entrever su significación a la luz de una palabra de fe que devela su misterio.

Porque esta significación se juega en el plano de la palabra de fe: «La fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve... Por la fe comprendemos que el mundo fue formado por la Palabra de Dios, lo visible a partir de lo invisible» (Heb 11,1.3).

En el acto de fe hay una opción. No es una opción

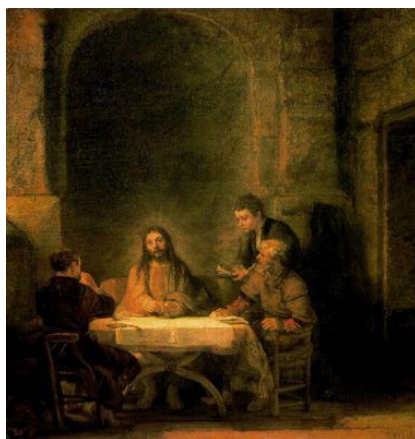
ciega que nos lanza al vacío –absurdo– sino una decisión que nos abre a una comprensión nueva, a una perspectiva que devela la totalidad de lo real, lo real que se ve y lo real que no se ve. No es cuestión de verificación empírica de una hipótesis ni de congruencia racional de una teoría: la fe misma, al abrir nuestro espíritu a la totalidad de lo real, se confirma en cierto modo a sí misma.

Esto tampoco es una convicción sustentada en la sola voluntad de creer de quienes la proclaman. Es una visión integral de lo que conocemos por los sentidos y la razón y de lo que apenas entrevemos por la fe. Esta visión puede ser sorprendente, maravillosa, y también desconcertante, escandalosa.

En la Liturgia Pascual se nos invita a hacer esta prueba de fe y a celebrarla

Es la experiencia de bucear en la profundidad de lo real, iluminados tan solo por la luz de la fe, y de desplegar nuestra visión más allá de los espacios intergalácticos, guiados únicamente por los puntos Alfa y Omega: «Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, Aquel que es, que era y que será, el Todopoderoso» (Ap 1,8).

El evangelio vespertino del día de resurrección presenta a dos de los primeros discípulos que convivieron con Jesús en esta prueba de bucear en lo profundo y de explorar lo insondable. Lo hicieron mediante la palabra de fe: «¡Qué duros de entendimiento! ¡Cómo les



cuesta creer lo que dijeron los profetas! ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él» (Lc 24,25-27).

En la Vigilia Pascual hacemos el camino que hizo Jesús con los discípulos de Emaús desde Moisés hasta los Evangelios. Una prueba de fe: guiados por la Palabra, buceamos en lo profundo del universo, en la historia y sus contradicciones, y desplegamos nuestro espíritu hasta dimensiones inabarcables, hasta el desenlace feliz de la resurrección.

Génesis 1,1-2,2 Tres expresiones poéticas aluden al fundamento de todo lo que existe

Una palabra de orden: «¡Que exista la luz..., que exista un firmamento!». Un designio de sabiduría: «Hagamos al hombre –varón y mujer– a nuestra imagen y semejanza». Una efusión de amor: «Y vio Dios que era bueno... muy bueno».

Lo que vemos viene de lo que no vemos. La Gran Explosión es el inicio del desarrollo del universo y de la evolución, y de las explicaciones que derivan de ella. Se trata de dar razón de cómo ha sido y cómo es nuestro universo. Su fundamento es lo que vemos, así sea indirectamente mediante instrumentos apropiados.

Si nos quedamos únicamente con la Gran Explosión, cabe preguntar: ¿tuvo o no un comienzo (pese a que se infiere que ocurrió hace 13.8 millardos de años)? ¿Apareció de nada como si nada? ¿Es así? ¿Puede ser así?

No es momento de razonar para responder esta pregunta, sino de admitir que es puerta de entrada para hacer la prueba de fe. Ésta nos dice que en el origen de la Gran Explosión hay una acción creadora, una palabra que dice: ¡Hágase! ¡Exista GE!

Y todo lo que existe proviene de este acto transparente de generosidad creadora, de difusión de la existencia que resplandece en el universo entero y en todas sus criaturas, de efusión de bondad pura. «Y vio Dios que era bueno... muy bueno».

De todo lo creado la pareja humana destaca en dignidad: somos imagen y semejanza del Creador. No al revés como en las visiones antropomórficas de la divinidad: dioses –decía Jenófanes– semejantes a los mortales, tan arbitrarios en sus pasiones como ellos.

En ser imagen y semejanza de Dios radican la dignidad de las personas y sus derechos.

Pese a las catástrofes cósmicas, aun en los desastres de la historia, contra el mal debido a nuestras acciones, en todo ello prevalece siempre el bien. No existe en el origen ni en el desarrollo

del universo ni en la historia un principio del mal, una especie de genio creador maligno. El pueblo hebreo mantuvo su fe en un Dios bueno, único creador del universo al cual hace partícipe de su bondad, frente a concepciones dualistas del oriente fértil. Es la fe de Génesis 1.

Génesis 22,1-18 Dios no quiere sacrificios humanos

¿Por qué entonces tenemos un relato del sacrificio de Isaac? ¿Habría Dios ordenado a Abraham sacrificar a su hijo? La lectura moralizante de este episodio es un encomio de la obediencia de Abraham. Así se difundió desde el judaísmo y pasó luego al cristianismo. Los padres de la iglesia, la liturgia, la espiritualidad han utilizado este pasaje para tratar de la obediencia incondicional debida a Dios.

Ha servido también para presentar una figura inocente del Antiguo Testamento, Isaac, que anticiparía el sacrificio de otra víctima inocente, Cristo, que muere para satisfacer por los pecados de la humanidad.

El significado real del pasaje es justamente lo contrario. Fue escrito como relato ejemplar de la fe en un Dios que rechaza los sacrificios humanos, particularmente de infantes, que acostumbraban los pueblos vecinos de los judíos al practicar el culto a

Baal. Estos sacrificios no formaban parte de la religión yavista, pese a que hubo en tiempo de la monarquía actos crueles que fueron severamente denunciados por los profetas.

Las pirámides del sacrificio es el título de un libro del sociólogo Peter Berger. Trata de cómo son sacrificadas las vidas humanas en aras de religiones, ideologías, construcciones sociales que pugnan por instaurar una sociedad perfecta a imagen y semejanza de personajes poderosos a quienes se debe obediencia ciega. Escritos como este dan cuenta de la inmola-ción de víctimas a lo largo de los siglos.

La fe mediante la cual estamos buceando en lo profundo de lo real garantiza que Dios es un Dios de vivos, no de muertos. «¡Por mi vida! –dice el Señor– juro que no quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta y viva» (Ez 33,11). En el origen de todo lo real está el Dios de la vida.

Éxodo 14,15-15,1 La epopeya el éxodo es un acontecimiento paradigmático

Es la emancipación de un pueblo esclavizado y la promulgación de la ley de un pueblo que ha conquistado la libertad. Este hecho es un «clásico», tal como el filósofo Hans-Georg Gadamer entiende el término: «clásico» es un hecho, un personaje, una obra que no pertenecen a un periodo determinado de la historia, llamado clásico, sino a la historia de todos los tiempos, porque representan un logro excepcional de la humanidad al cual siempre se vuelve para reconocerse como humanidad.

La libertad frente a la esclavitud, la opresión, la sumisión a poderes arbitrarios es una aspiración fundamental de las personas y de los pueblos. La historia da cuenta de estas gestas libertarias. La de los hebreos que se emanciparon del dominio egipcio es su paradigma.

En esta emancipación brilla un destello que no se encuentra en otras gestas: es una liberación conquistada y a la vez recibida como don. En ella Dios se manifiesta –esta es la clave de fe de la

prueba que estamos haciendo– como el Dios de los esclavizados, oprimidos, explotados. El memorial de esta revelación marcará la tradición de fe judeo-cristiana hasta nuestros días, pese a las defec-ciones históricas por haber sucumbido a las ambi-ciones de poder.

El Vaticano acaba de publicar un libro sobre la teología de la liberación, escrito por el Cardenal Gerhard Müller, prologado por el papa Francisco: *Pobre para los pobres – La misión de la iglesia*. Es el hito más reciente de la fe que ve la emancipación de los hebreos hace 3250 años como revelación del Dios liberador que ama con predilección a los opri-midos de la historia.

En esta clave hemos de ver con espíritu crítico otros movimientos de liberación que sucumbieron, o pueden caer en el futuro, bajo otra esclavitud: la de las ideologías revolucionarias que han hecho de los liberadores opresores más crueles que aquellos contra los cuales se levantaron.

Isaías 54, 5-14 Dios ama incondicionalmente

La fidelidad es nota distintiva de su amor de alianza. Así lo canta Isaías Segundo, uno de los profetas de tiempos de exilio y desolación. Los judíos deportados en Babilonia, después de una conquista que acabó con la ciudad

de Jerusalén y su templo, han perdido toda su confianza en Dios. La elección –Abraham–, la alianza –Moisés–, la tierra prometida –Josué–, la gloria de la ciudad santa y de su templo –David y Salomón–, todo ha colapsado.

Isaías Segundo viene a ser el profeta garante de la fe y portavoz de la esperanza. Dios, el Dios de nuestros padres, el Dios de la alianza, es el Dios de la historia y es el Dios de la creación, Él es el único Dios. Sus designios, vistos ya no como exclusivos para el pueblo judío, son designios de paz y de amor. Su amor es fiel, incondicional. Si los judíos exilados proyectan sobre Dios sus dudas, si piensan que es un Dios que los ha olvidado, sucede lo contrario, él es un Dios fiel con la

fidelidad que corresponde al amor de alianza.

Dios no se puede desdecir de la elección ni de su promesa ni de la alianza. No puede desdecirse de su creación. Si nos ha llamado a la vida, no va a abandonarnos. Ser criaturas suyas –judíos o no, gente de otros pueblos, todas las gentes– es garantía de que él está con todos, aun con los jefes de otras naciones, como Ciro rey de Persia, que nos liberará del exilio en Babilonia para volver a nuestra tierra.

Isaías 55,1-11 Nuestra época se caracteriza por la voluntad de progresar

Hay quienes se llaman particularmente progresistas por sus ideas y opciones políticas. En los hechos todo el mundo es progresista, en el sentido de que quiere más: ser más, tener más, lograr más, avanzar más...

Esta idea de progreso conlleva la idea de conquista. Ha habido en la historia grandes conquistas que elevan el nivel de vida de la humanidad. Ha habido también conquistas –las guerreras– que rebajan nuestro nivel de humanidad. No toda conquista engrandece, hay conquistas que envilecen. Como quiera que sea, el afán de progreso y conquista es la *hybris* de nuestros tiempos.

Progreso, ¿desde dónde? Conquista, ¿a partir de qué? Detrás o en el fondo del progreso y las conquistas están la gratuidad y el don. Lo que hemos logrado, ¿no parte de lo que somos? Y lo que somos, ¿no es fruto de un don? ¿De dónde vengo? ¿Cómo he llegado hasta donde estoy? ¿A quién debo lo que soy?

Por autárquico que me considere –autárquico: yo soy mi principio– en realidad dependo de múltiples dones que he recibido de innumerables personas

innumerables veces. Y este es solo mi caso personal.

La humanidad entera, los pueblos, las civilizaciones, las culturas son enriquecimientos colectivos que provienen del intercambio de dones. Quien descubre algo nuevo, quien inventa, quien abre nuevos horizontes lo hace a partir de lo que sus antecesores han logrado.

Nuestra humanidad, o simplemente la energía que necesitamos para vivir, esa energía que está en el origen de todo –Big-Bang–, ¿de dónde provienen? ¿Se originaron de por sí? El universo y sus casi infinitas entidades, ¿son o no existencia recibida?

Considerar la realidad desde la perspectiva del progreso y la conquista es una perspectiva parcial, que deriva con frecuencia en competencia de los más fuertes por dominar y en lucha por conquistar espacios.

El profeta proclama: a Dios no se le conquista, sus dones no están sujetos a un intercambio de toma y daca. El sello de Dios es la gratuidad de su amor. La gratuidad es la matriz inabarcable en la que todo nace a ser.

Baruc 3,9-15.32-4,4 ¿Dónde hallar la sabiduría?

¿Dónde la luz de los ojos y la paz? Baruc es un libro postexílico tardío, no forma parte de las escrituras hebreas. La experiencia desoladora del exilio fue una de crisis radical de fe. Los judíos regresaron a su tierra, reconstruyeron la ciudad de Jerusalén y su templo. Muchos quedaron dispersos en medio de otros pueblos. Son los judíos de la Dispersión.

El exilio y la dispersión ofrecieron una oportunidad de ahondar en esa misma fe que sentían se les había deshecho. ¿Qué Dios era el suyo? La respuesta convergente de los profetas del exilio –Ezequiel, Isaías Segundo– fue: nuestro Dios es el Dios Creador y Señor de la historia. Por su querer y su saber existe todo lo que existe, nada hay que escape a su cuidado. Si los acontecimientos históricos parecen ser ajenos a su voluntad, es algo que hemos de indagar con espíritu abierto a sus designios.

Baruc recuerda un pensamiento que había hecho su camino en la vivencia religiosa de los judíos: la sabiduría que gobierna todos los acontecimientos es propia de Dios. Era cantada en los salmos como melodía de fondo de la tradición de fe

que se expresaba en el culto (Salmo 146):

«Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa. El Señor reconstruye Jerusalén, reúne a los deportados de Israel; él sana los corazones destrozados, venda sus heridas. Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre. Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida».

Lejos de Jerusalén los judíos de la diáspora tenían que fortalecer su fe en Dios Creador, dejar que aflorara en la conciencia y se expresara en el canto. El profeta Baruc proclama: «¡Este es nuestro Dios, ningún otro cuenta al lado de él! Él penetró todos los caminos de la ciencia y se la dio a Jacob, su servidor, y a Israel, su predilecto».

El profeta invita a sus compatriotas a escrutar la sabiduría presente en la creación y en los acontecimientos de la historia, pese a su carácter elusivo por nuestra incapacidad de penetrar en ella.

Ezequiel 36,16-28 Un corazón de carne, un espíritu nuevo

Ezequiel predicó al comienzo del exilio. Experimentó la desolación por la pérdida de los signos sensibles del cuidado de Dios por su pueblo: Jerusalén, el Templo, la Torá. La ciudad santa y el templo son signos materiales, la Torá no. La Ley expresa la voluntad de Dios, sus designios de paz para su pueblo. La Ley impregna la voluntad, la inteligencia, los sentimientos de todo fiel israelita: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando» (Dt 6,4-6).

Así se hallaba condensada la Torá –los cinco libros fundadores del pueblo de la alianza– en uno de ellos, el Deuteronomio, por una fórmula anterior al exilio.

No basta recitar *Shema Israel – Escucha Israel*, ni saberlo de memoria o tenerlo presente día y noche. Es preciso que la ley sea vida en los corazones e ilumine los espíritus. Ezequiel, consciente de la importancia de interiorizar la Torá precisamente porque en el destierro no hay signos materiales de la alianza, anuncia una intervención de Dios con el propósito de comunicar al pueblo una nueva visión e infundirle nuevos ánimos. Las metáforas son sorprendentes: «Los recogeré por las naciones... les daré un corazón nuevo... les infundiré un

espíritu nuevo... arrancaré su corazón de piedra... les daré un corazón de carne».

Esta debió haber sido la perspectiva de vida para los israelitas en la vuelta a su tierra, al reconstruir la ciudad y el templo. Así ocurrió con muchos de ellos. Otros, sin embargo, dejaron que su corazón se endureciera nuevamente. Cuatro siglos después en tiempos de Jesús –lo sabemos por sus controversias con los fariseos y los escribas– buen número de israelitas habían sustituido la ley viva del amor a Dios y al prójimo por la ley muerta de seiscientos y tantas prescripciones que debían ser observadas.

La perspectiva de una ley nueva, viva, anunciada por Ezequiel, también por Jeremías que habló de una alianza nueva (Jer 31,31-34), quedaría para tiempos futuros, abierta a la esperanza centrada en un personaje que habría de venir, el Mesías.

El dilema de la ley muerta y de la ley viva persiste en la vida de cada cual, a lo largo de la historia, en los debates teológicos. ¿Qué es lo que me mueve a actuar de tal o cual manera, un precepto exterior que prescribe una conducta o una inclinación interior a obrar el bien? Pablo llevará el dilema al extremo: ¿obro el bien en virtud de la ley que me prohíbe hacer el mal o lo hago porque he sido liberado del mal por la fe en Cristo? ¿Quién es mi liberador?

Romanos 6,3-11 El Hijo de Dios se identificó con nuestra humanidad

La Palabra eterna creadora asumió nuestra condición de peregrinos en la tierra, sujetos a pruebas y crisis. Hizo suya nuestra humanidad mortal en pobreza, despojo y sumisión a la arbitrariedad de quienes detentaban el poder. Se vació de su divinidad, se hizo uno de tantos excluidos de la vida, se sometió a una muerte de criminales. «Aunque era Hijo de Dios, aprendió sufriendo lo que es obedecer, así alcanzó la perfección y llegó a ser para cuantos le obedecen causa de salvación eterna» (Heb 5,8-10).

Pablo manifiesta cómo podemos identificarnos con quien se identificó con nosotros. Es el misterio del bautismo, una acción simbólica practicada desde los orígenes de la comunidad cristiana. Mediante esta acción la muerte de Cristo es nuestra muerte. Las pruebas y crisis de la vida, el desenlace fatal de nuestra propia muerte, no son hechos

brutos carentes de sentido. Son la misma prueba a la que se sometió Jesús para abrirnos el camino hacia la sabiduría de Dios, a su misterio, presente en las vicisitudes de nuestra vida.

Ahondar en esa sabiduría fue tarea de los antiguos judíos durante el exilio. Fue tarea de Jesús en su vida mortal. Al cabo de estas pruebas en el claroscuro de la fe, amanece la luz: Cristo vive, la muerte no tiene ya poder sobre él. Su vida es nuestra vida: «Si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección».

La significación final de la prueba de fe en la historia de los antiguos judíos, en la vida mortal de Jesús, en nuestras crisis y dificultades es la vida, la resurrección, la felicidad indecible de Dios de la que somos partícipes.



Mateo 28,1-10 Al amanecer del primer día de la semana

La luz de la resurrección irradia. No es casual que los relatos del día de la resurrección en los evangelios hablen de oscuridad y de aurora a punto de romper. Es

una observación que tiene sentido simbólico: abrir nuestro espíritu al hecho de la resurrección de Jesús es aurora que despunta, es también penumbra, claroscuro.

Ningún evangelista narra el hecho de la resurrección de Jesús. Narran encuentros sorprendentes con Jesús resucitado, destacan sus efectos en quienes convivieron con él durante su vida mortal. La fe en la resurrección de Jesús nace por iniciativa del mismo Jesús: su presencia viva, su Espíritu, su palabra.

En el relato de Mateo una palabra ilumina el hecho de la ausencia de los restos de Jesús en el sepulcro: «No está aquí, ha resucitado». Ha ocurrido un suceso pasmoso que manifiesta el misterio latente en ese hombre llamado Jesús de Nazaret muerto en cruz. El relato destaca el cambio radical del antes y del después: antes muerto y sepultado, ahora resucitado y vivo. Eso es lo que quiere comunicar Mateo en su narración, que usa recursos de la literatura teofánica y apocalíptica de la época: terremoto, mensajes divinos que aparecen, resplandor y blancura en su vestimenta, temor y espanto de los presentes. Y en

el centro de esta descripción maravillosa, la transparencia de la palabra que anuncia: «Ha resucitado de entre los muertos, irá a Galilea, allí lo verán». Las mujeres, atemorizadas y llenas de alegría, habrán de llevar el mensaje a los discípulos.

Jesús sale a su encuentro, las saluda: «¡Alégrense! No teman, avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán». El mismo mensaje otra vez para subrayar la luminosidad de estas palabras. Ellas se postran y lo abrazan. Ya no es el mismo Jesús que habían conocido, o mejor, es el mismo pero en una condición que sobrepasa cualquier experiencia humana, porque la vida de Jesús es vida de resurrección en Dios, vida divina inmortal, que trasciende cualquier experiencia o imagen que tengamos de una vida sin término. Es la gloria de Dios, su felicidad radiante, que envuelve a las mujeres y las inunda de paz.

Hechos 10,1-10 «Ustedes ya saben lo que ha ocurrido en toda Judea...

Jesús de Nazaret que pasó haciendo el bien». En este anuncio de Pedro, recreado por Lucas en los Hechos de los Apóstoles, tenemos un paradigma del camino de la fe al bucear en la significación última de los acontecimientos vividos.

Pedro evoca el paso de Jesús por nuestra tierra de mortales: Galilea y Judea, Juan Bautista, Jesús ungido por el Espíritu Santo, su extraordinario influjo en entre la gente que fue liberada de enfermedades y esclavitudes, que compartió su amistad, en suma, Jesús que pasó haciendo el bien.

Pese a lo cual fue condenado a muerte y ajusticiado en el patíbulo de la cruz. ¿Qué sentido puede tener este hecho brutal? Hay que escrutar hacia atrás, es-

cuchar a los profetas, recorrer la historia del pueblo judío, hacernos cargo de la historia de nuestra humanidad: en todo ello encontramos odio, violencia, luchas fratricidas, asesinato de gente inocente, guerras, genocidios. ¿Qué historia es esta? ¿Estamos condenados a padecerla? ¿No hay más perspectiva?

Dios resucitó a Jesús de entre los muertos para hacer valer el carácter invencible de su amor por la humanidad. El amor de Dios, su vida comunicada generosamente a la humanidad, la resurrección, la felicidad eterna, no la muerte, tienen la última palabra. «Jesús ha sido constituido juez de vivos y muertos, en su nombre quienes creen en él tienen el perdón de los pecados».

Colosenses 3,1-4 «Su vida está desde ahora oculta con Cristo en Dios»

El misterio de la vida de resurrección brilla, pero la intensidad de su brillo impide contemplarlo de frente. Su luz, paradójicamente, lo oculta a nuestros ojos. Solo en el claroscuro de la fe podemos contemplarlo. Pablo nos invita a ello.

¿Qué signos de resurrección y de vida nueva vemos en nuestro mundo? ¿Qué destellos de eternidad encontramos en nuestras vidas morales y en las vicisitudes por las que atravesamos?

Pastores: Juan XXIII, Juan Pablo II. Artistas: Claudio Abbado, José Emilio Pacheco. Líderes mundiales: Nelson Mandela, Václav Havel que lograron el tránsito a la

democracia en sus países. Vincent McGuinness, ex-comandante de Ira en el castillo de Windsor; Ety Hille-sum, judía sacrificada en Auschwitz. Unos son santos, otros no; unos renunciaron a la violencia, otros la padecieron. Asociaciones: Médicos sin Fronteras, la mexicana Vida y Familia AC (VIFAC) que ofrece alternativas a mujeres con un embarazo inesperado. El Banco Compartamos en México, Guatemala y Perú, que ofrece crédito a quienes están en la base de la pirámide social. ¿Y tú, tu familia, tus hijos, tus amistades? En toda clase de personas en el mundo entero podemos encontrar destellos de resurrección y vida nueva.

Juan 20,1-9 «El otro discípulo entro al sepulcro vio y creyó...

Porque todavía no habían comprendido que, según las Escrituras, él debía resucitar de entre los muertos».

¿Qué significa eso de que, según las Escrituras, Jesús debía resucitar? ¿Qué significa, según las mismas Escrituras, que debía morir? ¿Jesús destinado

por Dios a la crueldad de los hombres? ¿Jesús automática sometido a la muerte porque tenía garantizado un desenlace feliz?

Esta forma de hablar de un destino ineluctable –en doble sentido: primero trágico, luego feliz–, fijado de

antemano por las Escrituras que manifiestan un designio de Dios, nos desconcierta. ¿Dónde queda la libertad humana, su fragilidad, sus crisis, su incertidumbre, su oscuridad? ¿Fue Jesús un monigote en medio de nuestra humanidad errática? ¿Qué significa eso de que fue uno de nuestra humanidad excepto en el pecado?

Hay que ver esto y decirlo de otro modo. El recurso a las Escrituras fue la manera como los discípulos de Jesús, quienes convivieron con él y los de la segunda generación, pudieron entrever el misterio latente en ese galileo de Nazaret. Fue también el indicio que tuvieron para entrever la fidelidad incondicional de Dios, que no podía abandonar a su Hijo ni dejar que su carne conociera la corrupción, como dice Pedro en su primera predicación citando el Salmo 16:

«Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas
y mi carne descansa serena:
porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.
Me enseñaste el camino de la vida,
me llenarás de gozo en tu presencia».

De lo que se trata en todo esto es de ver, sí, ver lo que espontáneamente vemos en la historia de Jesús, en la de nuestra humanidad, en la propia de cada cual. Y creer en lo que no vemos, en el misterio latente en Jesús mortal, en nuestra historia desgarrada y agraciada, en los logros y desastres de la humanidad, creer en lo que hay más allá y más en el fondo. Para lo cual, dice Juan en este episodio del sepulcro vacío, es preciso comprender lo que dicen las Escrituras, comprender cómo la palabra de fe ilumina tenuemente lo que aparece a nuestra vista para que podamos comprenderlo bajo otra luz, la luz de la fe.

El sepulcro vacío no es prueba de la resurrección de Jesús. Sus encuentros ya resucitado con las mujeres y con los discípulos son apenas signos de

la otra vida, totalmente divina, que ahora posee y de la cual vino a hacernos partícipes. Esta vida divina sobrepasa toda medida imaginable, no es mera supervivencia, es la vida desbordante de la infinita felicidad de Dios en el Amor de Padre e Hijo desde toda eternidad por toda eternidad. Esta vida no cabe en el universo finito, circunscrito por el espacio y el tiempo, del cual formamos parte.



Jesús resucitado no puede ser retenido en el espacio y el tiempo de nuestra vida cotidiana. En esos encuentros con discípulas y discípulos de primera generación su presencia era a la vez reconocible e irreconocible, palpable y elusiva, real y etérea, familiar y desconcertante, en suma una presencia que es también ausencia.

Las piezas literarias para expresar este misterio de la resurrección son los relatos evangélicos de encuentro con Jesús resucitado. Fueron creados por la tradición de fe de los primeros discípulos y quedaron consignados en los evangelios. Son una novedad en la literatura universal. Lo son porque expresan la novedad de Jesús, el condenado de Nazaret, en el seno de nuestra humanidad, y la novedad más sorprendente aún de Jesús, llamado en verdad Mesías y Señor del universo. Él es la humanidad nueva en Dios, de la cual, porque él fue parte de nuestra humanidad vieja, somos nosotros parte.

Lucas 24,13-35 «Les recordó todo lo que las Escrituras decían de él»

Comenzamos estas meditaciones con este relato de Lucas porque las lecturas de la Vigilia Pascual y de la Misa de Resurrección son el repaso de las Escrituras que hizo Jesús con los discípulos de Emaús.

Jesús anduvo con ellos –mujer pudo haber sido una– todo el camino hasta Emaús. No lo reconocieron. Era el mismo de antes pero en una condición nueva. Poco a poco se les fue abriendo el velo del misterio conforme él iba repasando las Escrituras. Al término del camino, ya en casa, ocurre el signo por excelencia de su identidad: compartir su vida, entre-

garla para que sea nuestra, en la fracción del pan. Entonces se les abrieron los ojos a esos caminantes en la vida, lo reconocieron... pero al instante mismo de reconocerlo, él ya había desaparecido de su vista.

Así sucede con quienes han caminado con Jesús generación tras generación: los signos de su presencia/ausencia son: la palabra de fe que ilumina su historia y la nuestra, el pan y el vino compartidos, que son su vida en nosotros, prenda de resurrección. Y así será en las generaciones futuras hasta la consumación de nuestra historia.